

El Aini en Pozuzo

Soy miraflorentino de pura cepa y en lo que me toca también era limeño mazamorrero. Digo era, porque por decisión propia y no objetada en Pozuzo, ahora soy pozucino a dedicación exclusiva. Uno de los mayores privilegios que me da Pozuzo, es poder caminar 6 o más horas entre selvas, algunas vírgenes o de monte real como les decimos allá, pastizales, ríos, casi sin toparme con nadie, solo la naturaleza en todo su esplendor y llegar a la casa de unos amigos, pero amigos de verdad, inapelables.

Por más que es injusto e inaceptable para mi, pues me reciben a cuerpo de rey, ellos se afanan en agradecerme mis visitas, – el colmo – y cuando me los encuentro en el pueblo, si no he llegado en cierto tiempo a su casa, me lo reclaman haciéndome sentir culpable. Así me sucedió un Domingo, en que sí había yo programado mi tiempo para poder enrumbarme en tan inigualable e idílica caminata, pero al revés.

Por un deber de mínima deferencia – buenas costumbres, como rezaba el famoso manual de Carreño – abordé a mi pata Andrés Schaus Schuler para preguntarle si me permitía la visita para esos días. Para mi asombro, Andrés me puso una cara tal de compunjado, preocupado y hasta avergonzado, que pensé se le había muerto alguien o ya tenía visitas para esos días. Él tardó más de lo imaginable en recuperar el aliento y con voz entre cortada me aventó un «perdóname Jorge» que me empezó a inquietar ahora sí seriamente. «Ese fin de semana» me dijo, «no voy a poder ...», respirando largamente para poder volver a hilvanar palabras que se resistieron sin remedio a salir de su garganta ... No importa Andrés acoté, «será para otra oportunidad». «¡Espera

Jorge!», siempre contrito, «es que justo esos días debo devolver un Aini a mi vecino».

Cuando le caí un par de meses después, le pregunté si él sabía el origen no sólo de la palabra Aini, sino de la costumbre misma. «No lo sé en absoluto, pero hay que hacerlo ...»

El rubio ojiclaro Andrés Schaus Schuler no tiene un pelo de andino, como sí lo tienen muchos pozucinos descendientes de los primeros colonos, pero él igual que todos, tiene corriendo por sus venas el valor sagrado de la práctica del Aini y también de la faena o cooperación popular o minka, que también practican con igual fruición. En el Aini como sabemos, un día (o más) yo requiero a mi vecino la jornada de trabajo para ayudarme a terminar mi cerco por ejemplo; quedo debiéndole un Aini, que le pagaré a su requerimiento para faena similar (cosechar maíz etc.) y en la minka, ambos, al igual que todos nuestros vecinos dedicamos las jornadas que hagan falta para una obra de bien común, como arreglar nuestra trocha de acceso desde el pueblo después de las lluvias.

Con su actitud Andrés, más allá de demostrarme el valor de su amistad, me convenció que ellos, los colonos, han logrado un mestizaje cultural andino europeo ejemplar, que se comprueba en el otro lado de la moneda, cuando uno enrumba esas seis horas hacia las partes altas y quechua hablantes de Pozuzo, para alojarse donde Ciriaco Silva Castañeda – que de rubio y ojiclaro no tiene un ápice –, pero que nos enmudece sin quererlo cuando rechaza una invitación a celebrar, hasta no culminar la cuota de su jornada, aún hayan llegado la luna y todas las estrellas impensables hace ya varias horas a esos cielos fulgurantes; es que Cirilo es amigo de Andrés.

Jorge Ernesto Llosa Montagne

